

# Alejo Carpentier, cronista de La Habana

---

## *Agustín del Moral Tejeda*

### *I. Las diversas acepciones de los términos habitación, casa y ciudad*

¿Qué es una habitación, una casa, una ciudad? Un recorrido a vuelapluma por los numerosos escritos que distintos pensadores han dedicado a estos términos nos permite establecer, cuando menos, cinco diversas acepciones:

- 1) la habitación como reiteración simbólica del acto cósmico de la creación,
- 2) la habitación como coextensión del ser humano,
- 3) la habitación como acto instaurador de condición humana,
- 4) la habitación como muestra del dominio del hombre sobre la naturaleza, y
- 5) la habitación como poder de integración de pensamientos, recuerdos y sueños del hombre.

En favor de la primera acepción, la habitación como reiteración simbólica del acto cósmico de la creación, abogan la exégesis actual de prácticamente todas las religiones, Mircea Eliade y Victor Stoichita.

Por una parte, la exégesis actual de las religiones coincide en que, conscientemente o no, toda construcción constituye un atentado deliberado contra el caos y un rito conmemorativo en el cual la cosmogénesis, la antropogénesis y la esencia de toda acción ejemplar son mantenidas presentes, inexorablemente, en la conciencia de la humanidad.

Por su parte, en un ensayo titulado “Arquitectura sagrada y simbolismo”, Mircea Eliade establece:

Una creación implica sobreabundancia de realidad, en otras palabras, una irrupción de lo sagrado en el mundo. De ahí resulta que toda construcción o fabricación tiene como modelo ejemplar a la cosmogonía. La creación del mundo deviene el arquetipo de todo gesto creador humano, cualquiera que sea su plano de referencia. [...]

Se pueden citar numerosos ejemplos que ilustren la idea de que la toma de posesión de un territorio, la instalación de un pueblo o la construcción de una casa litúrgica representa la repetición simbólica de la cosmogonía. El círculo o el cuadrado construido a partir de un centro es una *imago mundi*. [...]

Construir un templo o una ciudad equivale a reiterar la “construcción” del universo: a partir de un centro se proyectan los cuatro horizontes en las cuatro direcciones cardinales. [...]

Habitar un territorio, es decir, instalarse, levantar una morada, implica siempre una elección vital que compromete la existencia de la comunidad toda. “Situarse” en un paisaje, organizarlo, habitarlo son acciones que presuponen una elección existencial: la elección del “Universo” que se está dispuesto a asumir al “crearlo”. Todo establecimiento humano comporta [...] la cosmización del territorio, su transformación en un “Universo”, réplica del Universo ejemplar, creado y habitado por los dioses. Toda instalación humana, se trate de la toma de posesión de un país entero o de la elevación de una simple morada, repite, entonces, la cosmogonía. [...]

Cualquiera que sea la modalidad a través de la cual el “caos inhabitado” deviene un “Cosmos”, el objetivo buscado es el mismo: consagrar el espacio, homologarlo al espacio habitado por los dioses o volverlo susceptible de comunicar con este espacio trascendente. Ahora bien, cada una de esas operaciones implica, para el ser humano, una muy grave decisión vital: *sólo puede instalarse en el mundo asumiendo la responsabilidad de crearlo*. Y dado que el hombre se esfuerza siempre en imitar los modelos divinos, está obligado, dentro de ciertos horizontes culturales, a repetir periódicamente una tragedia original. [...] Pero incluso haciendo a un lado los sangrientos sacrificios de fundación (de un pueblo, un santuario, una casa), la elección y la consagración de un espacio comprometen siempre al ser humano todo: para vivir en su propio mundo, tiene que crearlo –cualquiera que sea el precio que deba pagar para realizar dicha creación y hacer de ella una creación durable.

En favor de esta misma concepción, Victor Stoichita señala en un ensayo titulado “La ciudad ideal. Prehistoria del texto utópico”:

La Ciudad y el Paraíso son imágenes simétricas. A lo largo de la historia de la imaginación humana, las dos interfieren; distinguirlas implica una operación necesaria pero difícil. Para la historia del hombre occidental, la distinción es, sin embargo, esencial: la Biblia abre con el escenario del Edén y cierra con el de la Jerusalén celeste. Entre los dos espacios (“el jardín del más allá” y “la ciudad del más allá”) no se extiende, propiamente hablando, un tercer espacio, sino *el Tiempo*. Es el tiempo de la culpa. El espacio-Paraíso la precede; el espacio-Ciudad firma, finalmente, su redención.

La salvación realizada *en y por la ciudad* marca con su impronta, que nadie debería confundir, la cultura que nace de “la costilla de Adán”. La superación del Tiempo no se cumple en la geografía imaginaria de los Campos Eliseos (como entre los griegos) ni en la nulidad del Nirvana (como entre los hindúes). La salvación no es contemplada como un retorno a los orígenes, sino como la consumación unidireccional del tiempo. Al fin del “Siglo” la puerta se abre no sobre el Edén, sino sobre la Ciudad celeste.

De esta manera, la ciudad nace a través de una doble oposición: respecto del Paraíso (es la imagen del Paraíso, reflejada más allá del tiempo) y respecto de la historia (es la superación, la abolición de la historia). Pero la dialéctica sagrada-profana, tal como es abordada en los mitos de fundación, es esencial para comprender el mito de la Ciudad, porque en toda fundación la Ciudad-Símbolo (el carácter “ideal”, “cósmico” de la proyec-

ción) domina la realidad urbana concreta. *En el tiempo de su fundación, toda ciudad es una ciudad ideal.* La observación es reversible: lo que los grandes utopistas del Renacimiento y del momento inmediatamente posterior hicieron no fue más que una extrema dilatación de la idealidad de principio de toda fundación, porque *la génesis y la estructura* se superponen perfectamente lo mismo en el rito de fundación que en la proyección utópica.

La ciudad ideal será, evidentemente, una proyección del cosmos. La relación con el caos se plantea en términos esencialmente espaciales: *intramuros/extramuros.*

En favor de la segunda acepción, la habitación como coextensión del ser humano, en un ensayo titulado “Referencias para una hermenéutica de la habitación”, Gabriel Liiceanu establece:

“Habitar” es “ser”. Heidegger dice que en un principio *bauen* significaba “habitar”; ahora bien, *bauen, buan, bhu* son las formas que dieron origen a *ich bin, du bist*, “yo soy”, “tú eres”. El hecho de que en una lengua el verbo “ser” haya nacido del verbo “habitar” y que, en una de las fases de esta lengua, “yo habito” y “yo soy” hayan podido ser utilizados indistintamente es un indicio seguro de la medida en que la habitación es coextensiva de la esencia misma del ser humano.

Algo parecido ocurre en griego. Los verbos griegos referidos a la habitación: *oikein, naiein, demein*, etc., comunican, a través de las ideas de *duración y estabilidad*, con el hecho de existir, y es interesante constatar que en griego son los únicos verbos capaces de conmutarse enteramente por el verbo “ser”, del que son verdaderos sinónimos. En el empleo de *oiken* y de *naiein*, el sentido concreto de la habitación a menudo se difumina y de la idea de “existir permanentemente *en cierto lugar*” no se conserva más que el sentido abstracto de la existencia como tal. Esto es todavía más claro cuando el verbo “habitar” se separa de su acto humano, como en ese pasaje de la *Odisea* en que para decir “hace mucho tiempo que Ítaca existe” se emplea, en lugar del verbo “ser” ordinario (*einai*) un derivado de *naiein*.

En griego, el “lugar de habitación”, la “casa”, se dice *oikos*. Pero *oikos* no es ni la casa considerada como edificio (en ese sentido se dice *domos o doma*), ni cualquier casa en la que se encontrara un hábitat. Para el hombre griego, *oikos* era una garantía de estabilidad, era el orden en el que tenían lugar y se desarrollaban los actos fundamentales de la vida. *Oikos* significaba el nacimiento, la infancia, la pertenencia a una familia, la totalidad de los bienes poseídos, su administración, la concepción de la descendencia y el marco de su nacimiento. Para los griegos, una vida “llena” era el curso natural de las edades de la vida en el orden de *oikos*. Separado de este orden, Ulises pierde su identidad. Es arrojado más allá de su *propia realidad* y obligado a errar en un mundo fabuloso, poblado de cíclopes, sirenas, lotófagos y brujas, donde *no es*. Propiamente hablando, la *Odisea* es una sucesión de falsos altos en ese no ser del héroe, y el final feliz de la historia no es un simple regreso a casa, sino una recuperación del orden del *oikos* como forma de regreso a sí mismo.

En favor de la tercera acepción, la habitación como acto instaurador de condición humana, Heidegger nos dice que el acto de habitar realiza la comunión de la tierra y el cielo, de los divinos y los mortales. La habitación es un acto fundamental previo a la construcción misma que

determina sus leyes. Construir auténticamente es construir conforme a las leyes de esa tétrada que encierra, en una especie de haz, la tierra, el cielo, los divinos y los mortales. Toda construcción a la medida de este acto creador del destino será la encarnación y la realización de su cuádruple arraigamiento.

En favor de la cuarta acepción, la habitación como muestra del dominio del hombre sobre la naturaleza, Le Corbusier señala en su escrito “La ciudad como ‘juego de formas bajo la luz’”:

Una ciudad es el dominio del hombre sobre la naturaleza. Es una acción humana contra la naturaleza, un organismo humano de protección y de trabajo. Es una creación.

La poesía es un acto humano –relaciones concertadas entre imágenes perceptibles. La poesía de la naturaleza no es exactamente más que una construcción del espíritu. La ciudad es una imagen poderosa que activa nuestro espíritu. ¿Por qué la ciudad no será, todavía hoy en día, una fuente de poesía?

Finalmente, en favor de la quinta y última acepción, la habitación como poder de integración de pensamientos, recuerdos y sueños del hombre, Gaston Bachelard nos dice en su ensayo “Casa y ensueño”:

La casa, como el fuego, como el agua, nos permite evocar fulgores de ensueño que aclaran la síntesis de lo inmemorial y el recuerdo. En esta lejana región, memoria e imaginación no se dejan disociar. Una y otra trabajan en su mutuo y profundo conocimiento. Una y otra constituyen, en el orden de los valores, la comunidad del recuerdo y la imagen. De esta manera, la casa no sólo se vive, al día, sobre el filo de una historia, en el relato de nuestra historia. A través de los sueños, las diversas moradas de nuestra vida se compenetran y guardan los tesoros de días antiguos. Cuando, en la nueva casa, vuelven los recuerdos de antiguas moradas, nos vamos al país de la Infancia inmóvil, inmóvil como lo Inmemorial. Vivimos de fijaciones, de fijaciones de felicidad. Nos reconfortamos reviviendo recuerdos de protección. Algo de cerrado debe guardar los recuerdos dejándoles sus valores de imágenes. Los recuerdos del mundo exterior no tendrán nunca la misma tonalidad que los recuerdos de la casa. Al evocar los recuerdos de la casa, agregamos valores de sueño; nunca somos verdaderos historiadores, siempre somos un poco poetas y nuestra emoción no se traduce, tal vez, más que en poesía perdida.

La casa, el cuarto, el desván donde se está sólo constituyen los marcos de un ensueño interminable, de un ensueño que la poesía, sola, a través de una obra, podría acabar, cumplir. Si a todos estos retiros se les da su función, que fue la de abrigar sueños, se puede decir que, para cada uno de nosotros, existe una casa onírica, una casa del recuerdo-sueño, perdida en la sombra de un más allá del pasado verdadero. Esta casa es la casa onírica, la cripta de la casa natal.

La casa es uno de los más grandes poderes de integración de los pensamientos, los recuerdos y los sueños del hombre. En esta integración, el principio vinculador es el ensueño. El pasado, el presente y el futuro dan a la casa dinamismos diferentes, dinamismos que con frecuencia se interfieren, algunas veces se oponen, otras veces se estimulan unos a otros. En la vida del hombre, la casa elimina contingencias, multiplica sus consejos de continuidad. Sin ella, el hombre sería un ser disperso. La casa mantiene

al hombre a través de las tormentas del cielo y las tormentas de la vida. Es cuerpo y alma. Es el primer mundo del ser humano. Antes de ser “arrojado al mundo”, como lo profesan las metafísicas instantáneas, el hombre es depositado en la cuna de la casa. Y siempre, en nuestras ensoñaciones, la casa es una gran cuna. Una metafísica concreta no puede dejar de lado este hecho, este simple hecho, sobre todo si se considera que este hecho es un valor, un gran valor al que volvemos en nuestras ensoñaciones. El ser es, inmediatamente, un valor. La vida comienza bien, comienza encerrada, protegida, completamente tibia en el regazo de la casa. De esta manera, más allá de todos los valores positivos de protección, en la casa natal se establecen valores de sueño, últimos valores que permanecen cuando la casa ya no está.

## II. Alejo Carpentier, cronista de La Habana

### *La ciudad como Historia*

Una ciudad también es Historia (con *H* mayúscula). La de La Habana comprende, cuando menos, tres momentos claramente definidos: durante la Conquista y la Colonia, es uno de los primeros enclaves españoles en América y un puente de enlace clave entre la metrópoli y sus colonias; durante el proceso de Independencia, el de la conformación de los Estados-nación en América, es la capital de la República de Cuba, y en el siglo XX, el siglo que pretendió ser el de la utopía “realizada”, en pleno periodo de Guerra Fría, es la capital del primer país socialista de América Latina. ¿Cuál fue La Habana que Alejo Carpentier vivió y conoció y de la que, quizá sin proponérselo, se volvió cronista inmejorable? En “La Habana jubilosa”, un breve ensayo publicado en *El Nacional* de Caracas el 17 de junio de 1959, Carpentier delimita sus fronteras temporales:

En los días de mi infancia era todavía La Habana una ciudad muy marcada por los hábitos de la Colonia. A las seis de la mañana, encaramados en altos taburetes, iniciaban su jornada los tenedores de libros de la calle de la Muralla, en tanto que las plazas, aún desconocedoras del asfalto, eran invadidas por pregoneros alborotosos, sabedores de canciones que aún evocaban los charoles de la Benemérita de San Fernando [...] Conocí luego, apenas adolescente, La Habana cosmopolita –demasiado cosmopolita– de la “Danza de los millones”, cuyo crecimiento harto repentino escandalizaba a los que, como don Manuel Sanguily, consideraba que era *campo* todo lo que se extendiera más allá de la sagrada frontera de la Calle de Belascoáin. Viví la dramática noche del *crack* económico de 1920, que dejó La Habana como deshabitada, y supe también de las noches lóbregas del machadato. Más tarde conocí La Habana muy pobre de los años 29-30, y La Habana ya menos pobre, algo recuperada, de los años 39-40. La vi próspera y la vi feliz; la vi triste y la vi lastimada. Pasé por ella en aquellas dramáticas Navidades de 1957, en las que, junto al falso y vicioso alboroto de tres o cuatro hoteles suntuarios, habitados por el croupier, la droga y la prostitución internacional, vivíanse las veladas de la indignación y del luto en casas ignorantes del abeto pascual... Puedo jactarme de tener un profundo conocimiento de La Habana; pero no tan sólo de su topografía e itinerarios

interesantes. Vi crecer La Habana con el siglo. La he contemplado bajo sus más distintas iluminaciones. En cien oportunidades he escuchado sus voces, secretos, y he tomado su pulso...

Pues bien: como entrañable conocedor de La Habana que soy, puedo afirmar que nunca he visto reinar en ella la alegría, la alegría multitudinaria, el júbilo colectivo, que hoy la animan. Pueden algunos afectados por la Revolución pasarse los días en “visitas de pésame” (de pésame económico, se entiende) que ya suscitan el gracejo de los periódicos humorísticos; pueden algunos náufragos de la vieja políticalla añorar los tiempos que, por suerte, no habrán de volver... La calle, la plaza pública, el ágora, ofrecen un espectáculo de entusiasmo, de fe, de participación en un magno acontecimiento, que yo nunca había visto en La Habana... Además, no tengo por qué extenderme en impresiones propias. Los hechos cotidianos –los que cualquier turista puede hallar a su paso– hablan por sí mismos.

De La Habana que se abre paso como capital de un país independiente a La Habana que se vuelve el centro de atención de todos aquellos que, en el mundo entero, creen en la viabilidad del proyecto socialista, tal fue La Habana que Carpentier recreó. La Habana que en 1902 inicia su vida independiente no es, todavía, una ciudad con identidad propia: no es fácil desprenderse de cuatro siglos de vida colonial. En la narración de un largometraje dedicado a La Habana, editado por el ICAIC en 1973, Carpentier recuerda:

La Habana sigue siendo una ciudad muy española hasta pasado el año 1920. [...] Para situarnos en el año 1912, diré que La Habana de entonces [...] es todavía muy semejante en costumbres, maneras de vivir, maneras de pensar, maneras de ver, el ritmo general de la vida, a lo que siguen siendo ciudades de provincia españolas. [...]

Recuerdo La Habana del año 1912 mediante algunas imágenes muy precisas. Era una ciudad todavía sin asfalto. Las únicas calles que estaban asfaltadas eran el Paseo del Prado, como una gran novedad; Obispo, O'Reilly... Todavía no sabían manejar muy bien el asfalto en el trópico, de tal manera que en verano, en Obispo, uno dejaba literalmente el tacón del zapato y de repente se veía uno en calcetines al cruzar la calle, porque el zapato había quedado completamente encajado dentro del asfalto húmedo, y los automóviles seguían invariablemente –sólo cabía uno en fondo, ése siempre ha sido el ancho de la calle– el carril de los automóviles anteriores.

[...] la vida de La Habana se seguía desarrollando en lo que podríamos llamar La Habana de intramuros.

La Habana de entonces –dice Carpentier– es todavía muy semejante a lo que siguen siendo hoy (1973) ciertas ciudades de provincia españolas. Hasta poco después de 1920, entonces, la capital de Cuba era una ciudad provinciana. ¿Pero qué es una ciudad provinciana? En “La Habana vista por un turista cubano”, extensa crónica publicada en *Carteles* entre el 8 de octubre y el 17 de diciembre de 1939, luego de su regreso a la isla tras once años de ausencia, Carpentier precisa:

[...] es provinciana la ciudad cuyos habitantes llevan, por el imperativo de prejuicios ambientes, una vida idéntica a la del vecino; aquella en que ciertas manifestaciones de una actividad colectiva se repiten cada día, a la misma hora, con desesperante monotonía; aquella en que una persona honesta no se atreve a realizar ciertos actos perfectamente morales y lícitos, para no contrariar tradiciones sin fundamento lógico...

En aquellos tiempos, nuestra máxima manifestación de espíritu provinciano era aquel inacabable, monótono y giratorio paseo en automóvil por Prado y Malecón, que cobraba cada día categoría de actividad trascendental.

Pero más allá de valoraciones críticas sobre el espíritu provinciano de La Habana de principios del siglo XX, el recuerdo que Carpentier rescata en la ya citada narración del largometraje dedicado a la ciudad capital es, simple y sencillamente, extraordinario, evocador de una ciudad que, sin ser La Habana, muchos de nosotros llegamos a conocer:

Había entonces una cantidad de hábitos muy poco higiénicos en La Habana. Uno de ellos eran las lecherías públicas. La gente quería que la leche se le sirviera tibia de la ubre de la vaca. Y, al efecto, las lecherías eran esquinas de La Habana, una de las más importantes estaba en la esquina de Virtudes y Consulado, donde traían las vacas por la mañana, a las seis de la mañana, de los potreros que circundaban La Habana, en ese campo que decía don Manuel Sanguily, y había potreros todavía en los alrededores de lo que fue después el Nuevo Frontón, el Mercado Único, etcétera; traían las vacas, las ataban allí y había una cantidad de moscas, de estiércol, y paja y heno en el suelo. Y entonces la gente venía con un jarrito y pedía un real de leche, un medio de leche, y tenía que ser sacado directamente de la ubre. Al atardecer colgaban a las vacas los cencerros, y a las cinco o cinco y media de la tarde las caravanas de vacas empezaban a tomar los caminos de más allá de la calle Belascoaín para pasar la noche en los potreros.

También había tropeles de cabras en La Habana, sobre todo en la zona que va de Galiano a Belascoaín, por todas las calles que ya eran un poco ajenas, diríamos, al verdadero casco de la ciudad. Porque el centro del comercio, el centro de los negocios estaba ubicado en torno al Parque Central, y muy especialmente en O'Reilly, Obispo, San Rafael, un poco en Prado y en algunas de las calles que desembocan allí, hasta la calle de la Muralla. Luego había toda esta cuestión de los rebaños, la cuestión de los carretones; había fuentes para que las mulas de los carretones tomaran agua. Las mulas traían unos cencerros, unas colleras muy ruidosas, y por las mañanas y por las tardes eran las calles de La Habana un estrépito de colleras de mulas y caballos, de cencerros y esquilas de vacas y de chivas, a lo que venía a unirse el incesante grito de los pregoneros, que eran muy característicos y sumamente ruidosos en sus pregones.

Pero por paradójico o contradictorio que resulte, ese proceso de conformación de una identidad propia pasa por la conservación, el rescate y la revaloración de lo originario, de todo aquello que estuvo en el origen de la nacionalidad, así esto haya sido, como en este caso, el resultado de una herencia colonial. En la ya mencionada crónica "La Habana vista por un turista cubano", Carpentier rememora:

Algo tiene que llamar poderosamente la atención del cubano que, como yo, ha estado alejado de la patria durante más de dos lustros: la generalización de una cierta curiosidad por las cosas de afuera, unida a una evidente revalorización de lo cubano dentro de las costumbres.

Me explico: hace once años [es decir, en 1928], lo norteamericano disfrutaba en nuestra tierra de un prestigio absolutamente exagerado. [...] Hoy me resulta gratísimo observar cómo se ha vuelto al jipi, a la tela tropical, al plátano frito y al ajiaco, sin hablar del *descubrimiento* de la fruta bomba, considerada en mi época como fruta de menor cuantía. [...] Y lo alentador es que, parejamente con esta revalorización de lo criollo, [...] la cultura colectiva se ha orientado visiblemente hacia los grandes horizontes del mundo...

## ¿Qué incluía la “revalorización de lo criollo? Carpentier continúa:

La escuela poética más rica y fecunda de nuestros tiempos, la del surrealismo, ha sentido una verdad que ha modificado en cierto modo la óptica del viajero moderno. Y es ésta: En lo que el hombre crea, no sólo lo artístico es bello. [...] Georges Henri Riviere [afirma por su parte]: “Desconfía de lo artístico, porque no siempre es revelador del carácter popular”. Este viajero no ignora que una de las primeras cosas que deben visitarse en una ciudad es el mercado –lugar en que florecen siempre manifestaciones humildes de arte popular. Además, el mercado es el lugar de contrastes, y el contraste es el máximo generador de imágenes poéticas. [...] ¿Qué sería de maestros contemporáneos como Dufy o Chagal, si no hubiesen tenido, en tan alto grado, el sentido del arte popular –casi podríamos decir *populachero*?...

Pues bien: en La Habana este arte popular o *populachero* se nos hace tangible a cada paso. La técnica de los barcos construidos en botella existe... También existen tallas en madera y bajorrelieves admirables, de varios metros de ancho. Y también, a condición de desechar pinturas falsamente eruditas, hay pinturas murales superiores a las que los turistas cazan con sus cámaras en los puertos mediterráneos... Y no hablemos de los altares cándidos, que están floreciendo actualmente en ciertos barrios, con una prodigiosidad increíble...

Las pinturas murales se ven favorecidas en La Habana por tres géneros de comercios: cafés, pollerías y bodegas... Pero es curioso observar que mientras los cafés recurren a este género de ornamentación para embellecer sus interiores [...], las bodegas y las pollerías prefieren habitualmente lo que llamaría mi amigo Alfaro Siqueiros: “la decoración mural exterior”.

Y en el Mercado Único, este maravilloso contraste: sobre una construcción de rejas, en que se hacían las aves como los habitantes de un rascacielos neoyorkino, un letrero que sirve de muestra al establecimiento: El Escorial.

Se habrá elegido este título metafóricamente, pensándose que el monasterio desde el cual rigió Felipe II el más vasto imperio del mundo... ha sido construido en forma de parrilla? [...]

En esos lugares llenos de color y vida, que son los mercados habaneros, se ha desarrollado un comercio esencialmente cubano, al que el público no concede aún, a mi juicio, la atención merecida: el de los herbolarios.

La más importante [herboristería], por sus dimensiones, se encuentra a unos pocos metros del Mercado Único... Apenas nos aproximamos a ella, el aire se llena de efluvios campestres. Las hojitas verdes de la albahaca surgen de grandes canastas redondas. Junto a ellas, sonrían la hierbabuena y el tomillo, separados por la rosada fruta de las pitahayas. Manojos grises verde-acero, color de musgo, o con matices de algas, cuelgan



de las vigas. Las raíces medicinales yacen en tierra... Y a veces interviene la voz del océano, representada por abanicos de mar, tomates de mar, e hipocampos con silueta de piezas de ajedrez.

Todas estas plantas, estas raíces, tienen nombres poéticos rústicos, de abolengo autóctono. ¡Qué linda y sensible galería de palabras que suenan a Cuba!... *Brasilete*, *Jibá* –“bueno para los golpes y la sangre”–, *Carraguala*, *Doradilla*, *Guaguasí*, *Palo Caja*, *Malambo* –“bueno para el pasmo”–, *Hierba Mora*, *Tubatuba*, *Hierba Luisa*, *Tamarindo*, *Chamico*, *Hierba Hedionda*, *Piña de Ratón*, *Agrimonia* –bueno para fiebres–, y el *Yatén* –“providencia para los niños con paperas”.

Al alba llegan guajiros al mercado, trayendo mazos de hierbas y plantas aromáticas. Algunas provienen de muy lejos. Otras han tenido que buscarse monte adentro... Y todas esas humildes vidas, fragantes, cargadas de virtudes, van a llevar a las casas urbanas efluvios de las campiñas, en sus hojas húmedas aún del rocío del alba.

¿Qué esperan los perfumistas cubanos para extraer esencias sutiles de nuestras plantas aromáticas?... Yo cambiaría todos los perfumes del mundo por la sencilla fragancia de un ramo de albahaca.

Por supuesto, ese proceso en el que “la generalización de una cierta curiosidad por las cosas de afuera [va unida] a una evidente revalorización de lo cubano dentro de las costumbres” no es un proceso exento de contradicciones, algunas de las cuales rayan, incluso, en el más acabado e hilarante surrealismo. En la ya también mencionada narración que acompaña al largometraje filmado en 1973, Carpentier evoca:

[...] a ambos lados de la entrada del Teatro Nacional –que es otro absurdo, porque para un teatro de esas dimensiones hay una entrada que es digna, a lo sumo, de un cine de alguna importancia– había dos locales, uno a la derecha y uno a la izquierda. El de la derecha estaba dedicado a la exhibición de cosas extrañas y el de la izquierda a venta de discos. Entonces ocurría lo siguiente: había noches en que estaba Caruso en el escenario cantando *Celeste Aida*. Se oía todo, todos los ruidos penetraban, porque como no había aire acondicionado había que hacerlo todo de ventanas y puertas abiertas. En el local de exhibición de la derecha habían metido por las puertas, a empujones –yo no sé cómo–, un gigantesco cetáceo, un pez dama, una especie de cachalote que habían pescado en las afueras del puerto de La Habana, lo habían metido a mandarriazos y a empujones en el local aquél y lo estaban exhibiendo después de una preparación con formol y una cantidad de líquidos químicos y todo, pero que no eran muy eficientes, pues llegó un momento en que tuvieron que llevarse el cachalote, porque el olor era imposible.

Pasado el camino de entrada de la ópera, había una venta de discos donde a todas horas del día y de la noche, hasta las doce de la noche, estaban tocando a todo lo que dieran los aparatos, danzones cubanos, guarachas, dúos de Arquímedes Pous, etcétera; esto, sincronizado con *Celeste Aida* y el cachalote.

Pero esto no era nada. Cruzábase la calle y en un ángulo del yermo que representaba las obras del futuro Capitolio, había un individuo que había montado una enorme carpa que estaba abierta todo el año donde se exhibían maniqués de enfermos de sífilis. Eran unos maniqués que mostraban todas las purulencias, todos los horrores que pueden sobrevenirle al ser humano por las enfermedades venéreas, y había en la puerta un negro enorme con un megáfono que se la pasaba gritando: “Aquí el que entra bailando

rumba sale todo desconfautado”. Ya era Caruso, era el cachalote, eran los discos, era el megáfono, eran los maniquíes.

Del otro lado estaba el circo Santos y Artigas o Pubillones que tenían doce leones en el sótano, que se pasaban las noches rugiendo de una manera tal que los rugidos entraban a la ópera, y encima de todo aquello había un gigantesco anuncio verde lumínico, que era el primer gran anuncio lumínico que se hizo en La Habana, donde había una rana verde enorme que parpadeaba y un letrero que decía: «El agua sola cría rana, tome ginebra la Campana».

Bueno, como ustedes ven, el cuadro del Parque central de la época era un panorama surrealista puro. A eso hay que añadir la Acera del Louvre, que también se las traía, con sus personajes pintorescos, los picadores más famosos del momento, que se llamaban Vistilla, el señor Solares, etcétera, que era gente que servía para todo lo que se quisiera. Había al lado, en el hotel Inglaterra, no se sabe por qué, un patio andaluz, con una estatua de una andaluza tocando castañuelas. Más adelante había un restorán medio norteamericano que tenía un enorme letrero en inglés con un pargo que decía Sea food, y más allá estaba el Café París y al cruzar la calle, pasándose por una horchatería de chufas, del más puro sabor madrileño, que vendía horchatas de chufas y churros, había el Café Alemán. En fin, estaban reunidas allí todas las nacionalidades posibles y todos los contrastes posibles.

Y una de las nacionalidades presentes en La Habana de los años veinte del siglo XX era, precisamente, la integrada por los mexicanos que, en medio de los últimos ajustes que vivía el proceso revolucionario, se vieron obligados a refugiarse en la isla:

[...] algo de lo que no quedó absolutamente ningún vestigio a partir del año 1927 fue la pequeña ciudad mexicana, que había en la esquina de Mon serrate, Obrapía, todo aquello. Había dos o tres restoranes mexicanos allí, y hoteles donde se alojaban todos los refugiados a causa de los acontecimientos producidos por la Revolución mexicana. Cada vez que había un cambio de gobierno, cada vez que había un cambio de gabinete, había un partido que era vencido por otro, etcétera, pues en La Habana recibíamos una enorme cantidad de refugiados mexicanos. Además, con una gran simpatía, porque todos ellos venían por motivos políticos.

Los que eran periodistas iban a parar de traductores de cables o de redactores, o de colaboradores a los diarios, etcétera. Y había también muchísima gente del pueblo. Porque no hay que olvidar que en el año 1916 ocurrió en el estado de Yucatán un acontecimiento sumamente interesante dentro de los anales de la historia de América, y es que un líder popular, un verdadero líder popular de formación marxista, que era Felipe Carrillo Puerto, de quien Diego Rivera pintó la efigie entre los mártires de la Revolución en los frescos de la Preparatoria de México; Felipe Carrillo Puerto formó en Mérida y Yucatán, en la península de Yucatán con capital en Mérida, desde luego, un verdadero estado socialista, que llegó a constituir para las fuerzas reaccionarias del país una verdadera amenaza, sobre todo si se tiene en cuenta que en aquella época no había comunicación por carretera desde el altiplano hasta Yucatán. Es decir, se corría el peligro de que Yucatán se transformara en una verdadera república socialista en el año 1916. Aquello fue aplastado a sangre y fuego por la reacción, Carrillo Puerto fue asesinado, pero todo un campesinado que se había alborozado con el advenimiento de una era de justicia social, de repartición de las tierras, de los ejidos y todo, toda esa gente agarró los

primeros barcos que pudieron y vinieron a La Habana y se alojaban casi todos en los alrededores de La Habana. Toda la parte de la carretera de Guines, que va desde El Lucero hasta más o menos San Francisco de Paula, estaba habitada por campesinos yucatecos. Y yo recuerdo todavía de niño a las campesinas yucatecas de huipil con el escote cuadrado bordado, el peinado de cola de caballo, de collares de cuentecitas doradas y plateadas, las sandalias, y los maridos de calzón blanco, huaraches, sombrero pajizo. Las mujeres se dedicaban a labores domésticas o a lavandería, los maridos fabricaban helados, etcétera. Y donde está el reparto Diezmero hoy, había una finca tan habitada y cultivada por mexicanos yucatecos, que yo durante muchísimos años conocí aquel lugar no por el Diezmero, como se llama hoy, sino por la finca la Guachinanga. Y en esos alrededores de esa zona se oía hablar maya. Y yo de niño, por haber jugado con muchos niños de aquéllos, llegué a aprender un número considerable de palabras mayas. Yo casi me entendía con ellos, no hablándolo, pero por lo menos entendiendo lo elemental que los niños pueden decirse en sus juegos.

### *La ciudad como historia (con h minúscula)*

Pero una ciudad también es historia (con h minúscula). En su conformación confluyen no sólo procesos sociales, actos de conquista y colonización, herencias culturales, migraciones humanas, choques de culturas, revoluciones, etcétera, sino también y de manera muy especial, vida cotidiana, actos de todos los días, comportamientos rutinarios y, en ocasiones, enajenantes, procesos todos en los que se levanta una casa (aquella que acoge a un individuo o a una familia y aquella que, al construirse de manera colectiva, lleva el nombre de “La Habana”), se traza y se da forma a una calle, se construyen (y se destruyen) espacios de convivencia social, se preparan los alimentos hasta que, con el tiempo, éstos asumen el nombre de “comida cubana”, se arrancan espacios para seres originalmente marginados (como la mujer, por ejemplo), se va conformando una cultura propia (en muchas ocasiones, una verdadera contracultura), en fin, se construye una ciudad habitable y entrañable. En “El amor a la ciudad”, crónica publicada en el diario *Tiempo* el 10 de diciembre de 1940, Carpentier resume este proceso a un tiempo sencillo y complejo, inacabado y contradictorio:

Al deambular por esta Habana que amo más que cualquier otra ciudad en el mundo, me he preguntado muchas veces si sus destinos no han sido regidos siempre por unos fabulosos coleccionistas de casas, avenidas, muelles, parques y edificios públicos. Es decir: por hombres que temen ver terminado su placer al lograr una obra perfecta.

Porque todos los elementos de la perfección coexisten en La Habana: un malecón comparable únicamente con los de Niza y Río de Janeiro, un clima que propicia flores en todos los tiempos; un cielo que no cubre los pavimentos con lodos grises; una situación geográfica que pone decoración de mar, nubes o sol, al final de cada calle...

Y sin embargo...

La Habana es la ciudad de lo inacabado, de lo cojo, de lo asimétrico, de lo abandonado. Desde niños estamos habituados a tropezarnos, cada día, con solares yermos, donde se amontonan latas cada vez más seculares, desperdicios cada vez más diversos. Durante años padecimos el desierto en donde habría de alzarse el Capitolio, cubierto de ruinas evocadoras de las primeras grandes *mangaderas* de nuestra vida republicana. (Al menos, tenían un valor histórico.) Durante años hemos estado padeciendo aquel erial que se extendía a un costado de la Terminal, ofreciendo al viajero que llegaba de la provincia un panorama capitalino lleno de acusaciones. Pero aún quedan otros... Me dirán algunos optimistas que esos terrenos abandonados en pleno centro de la capital suelen ser útiles a las novenas de pelota que en ellos sientan sus fueros de bate y mascota los domingos. Pero a ello podría objetarse que esta inesperada contribución a la Comisión de Deportes resulta –y es lo menos que pueda decirse– oficiosa y casi indeseable.

Transcurre el tiempo y nos habituamos a tropezarnos con los mismos terrenos cercados por las mismas vallas; con las mismas casas a medio construir, con las mismas aceras hundidas en torno a una placa de alcantarilla mohosa. Y creemos recordar que en un yermo situado al costado del Parque Maceo se alzaba, antaño, una iglesia que, por lo menos, tenía un cierto valor histórico... Pero ese edificio cayó bajo la piqueta demolidora y desde entonces sólo florecieron en su lugar armazones de montañas rusas, ingenuos tiiovivos y tiros al blanco...

En “Una ciudad de palacios”, ensayo que vio la luz primera en la edición del 17 de junio de 1959 de *El Nacional* de Caracas, Carpentier continúa con esta rememoración:

En todos los tiempos fue la calle cubana bulliciosa y parlera con sus responsos de pregonos, sus buhoneros entrometidos, sus dulceros anunciados por campanas mayores que el propio tablado de las pulpas, sus carros de frutas, empenachados de palmeras como procesión en Domingo de Ramos, sus vendedores de cuanto cosa pudieron hallar los hombres, toda en una atmósfera de sainete a lo Ramón de la Cruz antes de que las mismas ciudades engendraran sus arquetipos criollos, tan atractivos ayer en los escenarios de bufos, como, más tarde, en la vasta imaginería –mitología– de mulatas barrocas en genio y figura, negras ocurrentes y comadres presumidas, pintiparadas, culiparadas, trabadas en regateos de lucimiento con el viandero de las cestas, el carbonero de carros entoldados a la manera goyesca, el heladero que no trae sorbetes de fresa el día que sobran los mangos, o aquel otro que eleva, como el Santísimo, un mástil erizado de caramelos verdes y rojos para cambiarlos por botellas.

En el ya citado artículo “La Habana vista por un turista cubano”, Carpentier continúa esta rememoración:

No conozco calle más viviente –en el exacto sentido de la palabra– que la calle habanera. Y no se trata aquí de confundir *viviente con pintoresco*. [...] Hay barrios enteros que no poseen un edificio antiguo capaz de otorgar decorado a una escena de vida popular. La gente aparece vestida con relativa uniformidad. Todo es moderno, actual... Y, sin embargo, la calle habanera se crea una vida nueva cada día. Se inventan comercios, industrias, humildes modos de “buscárselas”, con pasmoso poder imaginativo. Brota la

frase oportuna, la salida ingeniosa, con un *salero* eminentemente tropical. La mitología de los billetes, la simbólica freudiana de los números pone un olor de prodigio en el ambiente. Nada me regocija más que esos encuentros entre dos imágenes, surgidos al conjuro de *cifras* pregonadas por un billetero: “El toro con corbata... Majá navegando... La mariposa y la viuda...”

Los pregoneros, entonces, forman parte de la mitología popular habanera. En un artículo titulado precisamente “Pregones habaneros”, publicado en el diario *Información* el 2 de agosto de 1944, Carpentier continúa con este rescate de una de las figuras más entrañables de las calles habaneras:

La verdad es que el pregón callejero o los accesorios que sirven para anunciar sonoramente una actividad o tipo de comercio se cuentan entre las cosas más misteriosas que puedan atraer la atención de un hombre. Hay obscuras supervivencias, tradiciones de origen remoto, hábitos seculares, en esos anuncios vocales, en esos instrumentos primitivos de que se vale el profesional o vendedor ambulante para señalar su presencia. En Cuba, por ejemplo, tenemos el amolador de tijeras. Generalmente, el amolador se anuncia por medio de un caramillo. Ese caramillo, instrumento de abolengo mitológico, flauta de Pan, origen del órgano, subsiste en toda la cuenca mediterránea como compañero inseparable de la piedra de amolar.

[...] hallaremos sorprendentes inflexiones de *cantus firmus* en el Mango... mangueeeeeee, con melisma final, que suele acompañar los carritos adornados con hojas de palma en abril y mayo. Por tradición, el “Floreeeeero... Floooooores”, tan típicamente habanero, debe entonarse con falsete de sochantre. Cuando los floreros son dos, suelen responderse de acera a acera, llevando por calles habaneras una inacabable antifona. Hay, además, una característica común a la mayoría de nuestros pregones, casi todos se cantan en modo menor, con cierto dejo melancólico, lo que es, psicológicamente hablando, un contrasentido, ya que el modo mayor sería más brillante, y, por tanto, más comercial. Aún recuerdo aquel pregonero de mi niñez, que clamaba, con voz estentórea, por las mañanas: “Para pantalón y saco, traigo perchero barato”. Y remataba su frase con una cadencia descendente, en pura vocalización, pasando de menor a mayor, de medieval a criollo.

Hay también un tipo de pregón que cobra su forma definitiva por proceso de síntesis. Durante largo tiempo he observado la rara modificación de un pregón tamalero. Su canto inicial era: “Con picante y sin picante los tamales”. Poco a poco en el transcurso de varios meses, el pregón se fue apretando por eliminación de valores. La fórmula primera se transformó en “pican y no pican”, y finalmente en “piiiiiiican”. Actualmente, el digno comerciante se contenta con producir con los labios una explosión brevísima, que evoca un *pizzicato* de cuerdas: pic... pic... pic... ¡Después de esto, el silencio! Aunque los pregones tienden a desaparecer de nuestra Habana como tantas otras cosas sabrosas, todavía subsisten, en plena fuerza, el casi litúrgico del dulcero, los musicales del manisero y el tradicional “A la rica pulpa de tamarindo”. El baratillero canario toca su timbre. Y el barquillero, lejano pariente del amolador, hace sonar un triángulo idéntico a los que llevaban los *marchands de plaisirs* de tiempos de Luis XVI. (Esto del triángulo plantea otro problema singular: ¿a qué se debe el uso, por parte de los barquilleros, herederos de los vendedores de *gaufres* del siglo XVIII, de un instrumento de origen turco, menospreciado durante mucho tiempo, y que sólo entró en la orquesta con Grety y Gluck?)

Como el ave tiene su grito cada comercio ambulante tiene su canto. Y así fue desde que el hombre tuvo la idea de cargar con un saco de aceitunas, para venderlo en las calles de una aldea. Ese día nacieron, simultáneamente, la plusvalía y la publicidad.

A toda acción corresponde una reacción: a una calle bulliciosa y parlera debía corresponder una casa ensimismada, vuelta sobre sí misma, recatada. Carpentier continúa:

Y, por lo mismo que la calle cubana es parlera, indiscreta, fisgona, la casa cubana multiplicó los medios de aislarse, de defender, en lo posible, la intimidad de sus moradores. La casa criolla tradicional –y esto es más visible aún en las provincias– es una casa cerrada sobre sus propias penumbras, como la casa andaluza, árabe de donde mucho procede. Al portón claveteado sólo asoma el semblante, llamado por la mano del aldabón. Rara vez aparecen abiertas –entornadas, siquiera– las ventanas que dan a la calle. Y, para guardar mayores distancias, la reja afirma su presencia, con increíble prodigalidad, en la arquitectura cubana. [...]

Así como los alarifes españoles quisieron, en los días de la temprana colonia, que las urbes de esta llave y antesala del Nuevo Mundo tuviesen el mayor número posible de esquinas de fraile –hasta el punto de anhelar el imposible de que todas lo fuesen y, para ello, recurrieron, más de una vez, al ardid de la encrucijada de cinco calles–, el interior de la casa cubana fue durante siglos, tradicionalmente, guardador de penumbras e invitación a la brisa, con un juicioso aprovechamiento de sus rumbos. No había casa, en los días de mi infancia, donde no estuviese perfectamente localizado el *lugar del fresco*, que solía desplazarse de primaveras a otoños, cuyo ámbito era juiciosamente aprovechado por los moradores, quienes, en prueba de amistad, revelaban sus arcanos a algunos visitantes escogidos. El lugar del fresco rompía, por lo demás, con las reglas de la urbanidad al uso. Si el lugar del fresco estaba allá, en un rincón de traspatio, o en la proximidad de las cocinas, no tardaban los habitantes, luego de una conversación protocolaria en un gran salón que era siempre, como por casualidad, el lugar menos fresco de la casa, en trasladar sillones y butacas a donde empezara a descender el terral de las nueve, o, en ciertos meses, una «brisa de Cojímar» que, por encima del puerto, traía sus alientos de lluvias lejanas. De ahí que la obsesión de tener amaestrado algún lugar del fresco originara la multiplicación de las mamparas.

Si algo queda de manifiesto luego de leer la serie de ensayos, conferencias, artículos y crónicas que Carpentier dedicó a La Habana es que una ciudad se construye no sólo a base de Historia (con H mayúscula) sino, además y de una manera determinante, a base de historia (con h minúscula). Por una especie de acto reflejo culturalmente condicionado, estamos acostumbrados a valorar el devenir de la humanidad en los momentos parteaguas, en los momentos de ruptura, en aquellos momentos en que se cierra una época y se abre otra: la Revolución industrial, la Revolución francesa, la Revolución rusa. Ahí, en esos momentos, se hace Historia (con mayúscula). Y a partir de los parámetros que estos hechos fijan se valora todo el universo espacial y temporal que de ellos deriva, y, sobre todo, se hace la otra historia, la escrita.

Pero el hombre también hace historia en su actuar cotidiano, rutinario, enajenante en ocasiones, en ese actuar hecho, en el mejor de los casos, de múltiples y variados actos de resistencia. Por poner un ejemplo, el negro que, amparado en las libertades que le concedían los cabildos de nación, salía a las calles a mostrar su apego a sus orígenes, a divertirse, a mantener con vida una costumbre que hundía sus raíces en tierras distantes miles de kilómetros, también hacía historia. Su comportamiento irracional, extraño, peligroso incluso a los ojos del blanco, sentó las bases de una fiesta que, cientos de años después, disfrutaban por igual negros, canelos y blancos: el carnaval. Por supuesto, dudo mucho que ese hombre haya tenido conciencia de que, al divertirse, hacía historia. En el mejor de los casos, supongo que se sentía un ser arrancado por la fuerza de su tierra originaria deseoso de seguir manteniendo, de una u otra manera, un vínculo con su tierra originaria. Y sin embargo, ese acto de resistencia único y sencillo, gozoso e irreverente, condenado y vigilado hizo historia.

Cualquiera diría que por los intersticios de la Historia (con mayúscula) se colara la historia (con minúscula), una historia más humilde, menos pretenciosa, pero que deja una impronta igualmente rica y valiosa. Cualquiera diría, incluso, que hay una historia (con minúscula) que hace caso omiso de la Historia (con mayúscula) y abre sus propios caminos, teje sus propias redes, establece sus propios vasos comunicantes. Y esa otra historia está hecha, así de simple, de vida cotidiana. A re-crear y a recrear la vida cotidiana de La Habana, la ciudad que amó más que cualquier otra en el mundo, Carpentier también dedicó una parte, pequeña pero significativa, de su vasta, impresionante y bella obra.